

Sátira/12

Nº 139 el desperdicio Sábado 26 de mayo de 1990

Congreso de Mar del Plata

TODO LO QUE USTED SIEMPRE QUISO SABER SOBRE EL PERONISMO

Interna de la UCeDé

Está la lista del padre, la del hijo, la de la tía y la del abuelo

¿Quién va a la OIT?

Gobierno: "Si las dos CGT no se ponen de acuerdo, va Ramón Díaz"

OPINION

Por el Prof. Sócrates Mosqueto

DISCURSO

Esta es mi nota de despedida: conseguí algo mejor. Mi lucidez política y mi talento literario han obtenido, por fin, el reconocimiento que merecían. Basta de ganarme la vida con estas tristes notas y con insulsos trabajos de asesoría. Chau, lectores. De ahora en más, mi trabajo consistirá en escribirle los discursos a

¡RIIING!

Disculpen. Tocan el timbre.

—¡Profesor! ¡Asesóreme, se lo ruego! Estoy desesperada...

—Lo lamento, señora, pero he cambiado de trabajo. Justamente me estaba despidiendo de mis lectores...

—¡Por favor! ¡Soy una desdichada víctima de la prepotencia masculina...!

—Ya le dije que no puedo, señora. ¿Probó ir a lo de Neustadt?

—Sí, pero no me atendió.

—Qué raro...

—Dijo que lo viera a usted. El problema es mi marido, profesor: me pone los cuernos, me miente, me desprecia. No cumplió ninguna de las promesas del noviazgo.

—Perdón, señora, usted quiere decir que su marido ha encarado la tarea de modernizar el vínculo matrimonial.

—¿Modernizar?

—¡Claro!

—Pero..., mi abuelo ya le ponía los cuernos a la abuela.

—¿Y su padre?

—No. El viejo se portaba bien con la familia.

—¿Ve? Su padre pretendió vivir por encima de las posibilidades matrimoniales, y ahora todos pagan las consecuencias. Es que en otros tiempos, cuando la situación económica era otra, los matrimonios podían entretenerse de distintas maneras, salir, divertirse. Hoy en día, el único acontecimiento matrimonial que viene quedando es el adulterio.

—No sé... ¿Qué debo hacer?

—Lo principal es apoyar a su marido, no dejarlo solo. Piense que él tiene que hacer frente a problemas muy difíciles: las mujeres que tiene ahora son exigentes, quisquillosas, llenas de caprichos. No como usted, que se conforma con cualquier cosa.

—Es verdad...

—El la necesita ahora más que nunca: que no le haga escenas, que lo comprenda.

—Tal vez tenga razón, profesor. Pero debo confesarle que a veces una parte mía se rebela.

—No importa; puede hacerle bien desahogarse un poco. Lo importante es que eso no tenga consecuencias.

—Es que a veces me da miedo, profesor. Hasta ahora casi nunca me levantó la mano, pero...

—Mi querida señora, eso depende de usted, de su paciencia, de su lealtad... Usted es una mujer maravillosa. Y es cuestión de aguantar un tiempito, nomás. Cuénteme, ¿no es cierto que su marido les hace regalos a las señoritas esas?

—¡Pero si les da todo! Ahora está por malvender la heladera y el lavarropas ...

—¿Ve que tengo razón? Si ahora él les hace regalos a ellas, de aquí a un tiempo ellas, en retribución, le van a hacer regalos a él, y eso va a ir al patrimonio familiar.

—¿Usted cree, profesor?

—Es evidente. Sin contar que así la familia se ahorra los gastos de mantenimiento de la heladera y el lavarropas. ¡Que los mantengan los que invierten en ellos!

—Creo que tiene razón, profesor. Ya me siento reconfortada.

—Vaya, vaya tranquila, señora.

Por fin me la saqué de encima. Bueno, éste ha sido mi último asesoramiento. Ahora, a mi nuevo trabajo de escribir discursos. Aunque, de pronto, una duda me asalta: ¿seré capaz de escribírselos como él los necesita?









Otra vez nos pusimos contentos, los de **Sátira**. Ibamos a cubrir el Congreso Peronista de Mar del Plata. Ya teníamos todo listo: Pati llevaba el salvavidas de lana por si refrescaba, Mosqueto la caña de pescar alfajores, Toul un afiche turístico de Córdoba, Guarnerio no llevaba nada porque le dijeron que hay una tienda que tiene de todo, y Rudy unas fichas de 10 pesos ley que le sobraron de la última vez que fue al casino. Pero otra vez no. Otra vez la frustración: los humoristas se quedan en casa y hacen esto. Sí, esto.







LA RAMBLA DE PERON

Otra vez nos pusimos contentos, los de **Sátira**. Ibamos a cubrir el Congreso Peronista de Mar del Plata. Ya teníamos todo listo: Pati llevaba el salvavidas de lana por si refrescaba, Mosqueto la caña de pescar alfajores, Toul un afiche turístico de Córdoba, Guarnerio no llevaba nada porque le dijeron que hay una tienda que tiene de todo, y Rudy unas fichas de 10 pesos ley que le sobraron de la última vez que fue al casino. Pero otra vez no. Otra vez la frustración: los humoristas se quedan en casa y hacen esto. Sí, esto.



OPINION
Por el Prof. Sócrates Mosqueto

DISCURSO

Esta es mi nota de despedida: conseguí algo mejor. Mi lucidez política y mi talento literario han obtenido, por fin, el reconocimiento que merecían. Basta de ganarme la vida con estas tristes notas y con insulsos trabajos de asesoría. Chau, lectores. De ahora en más, mi trabajo consistirá en escribirle los discursos a

¡RIIING!

Disculpen. Tocan el timbre.

—¡Profesor! ¡Asesóreme, se lo ruego! Estoy desesperada...

—Lo lamento, señora, pero he cambiado de trabajo. Justamente me estaba despidiendo de mis lectores...

—¡Por favor! ¡Soy una desdichada víctima de la prepotencia masculina...!

—Ya le dije que no puedo, señora. ¿Probó ir a lo de Neustadt?

—Sí, pero no me atendió.

—Qué raro...

—Dijo que lo viera a usted. El problema es mi marido, profesor: me pone los cuernos, me miente, me desprecia. No cumplió ninguna de las promesas del noviazgo.

—Perdón, señora, usted quiere decir que su marido ha encarado la tarea de modernizar el vínculo matrimonial.

—¿Modernizar?

—¡Claro!

—Pero..., mi abuelo ya le ponía los cuernos a la abuela.

—¿Y su padre?

—No. El viejo se portaba bien con la familia.

—¿Ve? Su padre pretendió vivir por encima de las posibilidades matrimoniales, y ahora todos pagan las consecuencias. Es que en otros tiempos, cuando la situación económica era otra, los matrimonios podían entretenerse de distintas maneras, salir, divertirse. Hoy en día, el único acontecimiento matrimonial que viene quedando es el adulterio.

—No sé... ¿Qué debo hacer?

—Lo principal es apoyar a su marido, no dejarlo solo. Piense que él tiene que hacer frente a problemas muy difíciles: las mujeres que tiene ahora son exigentes, quisquillosas, llenas de caprichos. No como usted, que se conforma con cualquier cosa.

—Es verdad...

—El la necesita ahora más que nunca: que no le haga escenas, que lo comprenda.

—Tal vez tenga razón, profesor. Pero debo confesarle que a veces una parte mía se rebela.

—No importa; puede hacerle bien desahogarse un poco. Lo importante es que eso no tenga consecuencias.

—Es que a veces me da miedo, profesor. Hasta ahora casi nunca me levantó la mano, pero...

—Mi querida señora, eso depende de usted, de su paciencia, de su lealtad... Usted es una mujer maravillosa. Y es cuestión de aguantar un tiempito, nomás. Cuénteme, ¿no es cierto que su marido les hace regalos a las señoritas esas?

—¡Pero si les da todo! Ahora está por malvender la heladera y el lavarropas ...

—¿Ve que tengo razón? Si ahora él les hace regalos a ellas, de aquí a un tiempo ellas, en retribución, le van a hacer regalos a él, y eso va a ir al patrimonio familiar.

—¿Usted cree, profesor?

—Es evidente. Sin contar que así la familia se ahorra los gastos de mantenimiento de la heladera y el lavarropas. ¡Que los mantengan los que invierten en ellos!

—Creo que tiene razón, profesor. Ya me siento reconfortada.

—Vaya, vaya tranquila, señora.

Por fin me la saqué de encima. Bueno, éste ha sido mi último asesoramiento. Ahora, a mi nuevo trabajo de escribir discursos. Aunque, de pronto, una duda me asalta: ¿seré capaz de escribírselos como él los necesita?









OPINION
Por el Lic. Rudiez

Diván, diván, qué grande sos

Una vez más la gente de **Sátira/12** solicita mi opinión en un tema absolutamente distinto de mi metier profesional: ¿Qué puede decir un psicoanalista de los cambios en el peronismo? ¿Qué podría haber dicho Freud de un partido que se la pasa teniendo ortodoxos y heterodoxos, líneas internas y discusiones? En fin, ¿qué puede decir un psicoanalista de un partido en el que resulta difícil encontrar dos personas que piensen lo mismo?

Como veía demasiado complicada mi tarea, pedí a un grupo de colegas y amigos que se reuniese conmigo para pensar al respecto y llegar a alguna conclusión. Llegamos, pero no a una sino a tantas como psicoanalistas había.

Un colega propuso entonces la creación del "Primer Simposio Psicoperonólogo", que se llevaría a cabo en Mar del Plata (para estar cerca del otro y poder estudiar su inconsciente), la inscripción costaría unos 500 dólares (carpa incluida) y seguramente lograríamos desarrollar importantísimas formulaciones teóricas acerca de la doctrina peronista o, al menos, recaudar algunos fondos para aliviar nuestras alicaídas arcas, ya que desde el triunfo de Menem y el establecimiento del "psicoanálisis popular de mercado" la gente no nos consulta pues siempre consigue a alguien que lo analice cobrándole menos, y algunos colegas, entre los que no me encuentro, por suerte, han llegado al bochorno de analizar gratuitamente a sus pacientes, pasándoles la gorra al final de la sesión para que ellos depositen allí lo que deseen, que en general es angustia.

Lo del simposio no pudo ser, por un problema de resistencia a pagar, pero,profesional al fin, no quiero dejar esta nota sin alguna conclusión sobre la situación del peronismo actual.

"El panorama tiende a ser levemente esquizoide: mientras en algunos aspectos predomina lo paranoide diciendo que la gente los persigue y ellos no los pueden defraudar, otros se muestran especialmente regresivos, y recuerdan con nostalgia un tiempo que nunca vivieron".

Espero que con estas notas sepa el lector comprender la situación actual del peronismo. Y explicármela. Dejemos aquí por hoy.





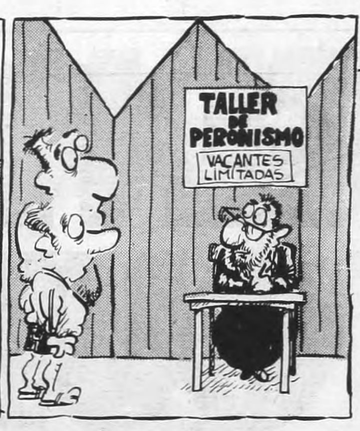












BLA DE PERON











OPINION

Por el Lic. Rudiez

Diván, diván, qué grande sos

Una vez más la gente de **Sátira/12** solicita mi opinión en un tema absolutamente distinto de mi metier profesional: ¿Qué puede decir un psicoanalista de los cambios en el peronismo? ¿Qué podria haber dicho Freud de un partido que se la pasa teniendo ortodoxos y heterodoxos, líneas internas y discusiones? En fin, ¿qué puede decir un psicoanalista de un partido en el que resulta difícil encontrar dos personas que piensen lo mismo?

Como veia demasiado complicada mi tarea, pedí a un grupo de colegas y amigos que se reuniese conmigo para pensar al respecto y llegar a alguna conclusión. Llegamos, pero no a una sino a tantas como psicoanalistas había.

Un colega propuso entonces la creación del ''Primer Simposio Psicoperonólogo'', que se llevaría a cabo en Mar del Plata (para estar cerca del otro y poder estudiar su inconsciente), la inscripción costaría unos 500 dólares (carpa incluida) y seguramente lograríamos desarrollar importantísimas formulaciones teóricas acerca de la doctrina peronista o, al menos, recaudar algunos fondos para aliviar nuestras alicaidas arcas, ya que desde el triunfo de Menem y el establecimiento del ''psicoanálisis popular de mercado'' la gente no nos consulta pues siempre consigue a alguien que lo analice cobrándole menos, y algunos colegas, entre los que no me encuentro, por suerte, han llegado al bochorno de analizar gratuitamente a sus pacientes, pasándoles la gorra al final de la sesión para que ellos depositen allí lo que deseen, que en general es angustia.

Lo del simposio no pudo ser, por un problema de resistencia a pagar, pero, profesional al fin, no quiero dejar esta nota sin alguna conclusión sobre la situación del peronismo actual.

''El panorama tiende a ser levemente esquizoide: mientras en algunos aspectos predomina lo paranoide diciendo que la gente los persigue y ellos no los pueden defraudar, otros se muestran especialmente regresivos, y recuerdan con nostalgia un tiempo que nunca vivieron''.

Espero que con estas notas sepa el lector comprender la situación actual del peronismo. Y explicármela. Dejemos aquí por hoy.



Un cuento de Carlos Guarnerio

EL HOMBRE QUE PUDO SER OTRO

(Y lo bien que le hubiese venido)

Héctor Volieri era el único hijo de un matrimonio de clase media. La suya no era una familia tipo, y fue esta particularidad la que durante largos años alimentó en él el temor de ser discriminado. Finalmente advirtió que había otros en su misma condición. Todavía no era demasiado tarde; demasiado temprano, tampoco.

Su padre, Eneas Volieri, era un oscuro empleado de una oficina pública. Y su madre, Rita Báez, era una oscura empleada de la misma repartición. Literalmente, resultaban ser tal para cual. Trabajando se conocieron, trabajando se casaron, y fue trabajando como pasaron los mejores momentos de su vida matrimonial.

Dos meses después de la boda, Rita quedó embarazada. Para ella el empleo público, más que una tarea era una forma de vida. Por eso la gestación se extendió casi un año, hasta que finalmente dio a luz un sietemesino. El neonato respondió inmediatamente al primer estímulo vital, ¡y cómo!: después de la tradicional palmada, lloró casi tres horas. "Es demasiado blando", comentó el partero. Hizo falta un largo rato para que se descubriera que no aludía al ánimo sino a cierto hueso de la cadera del pequeño.

Los primeros años de Héctor se desarrollaron en medio de esa normalidad que muchos califican como chatura. La mayoría de ellos tiene razón. Se recuerda que comenzó a hablar cuando contaba con dos años y medio; pero no volvió a abrir la boca hasta después de cumplir los cuatro. Claro que la relación con sus padres no era muy fluida. Ocurrió cierta vez que ellos olvidaron el nombre de su hijo, y durante seis meses no consiguieron recordarlo. A lo largo de ese tiempo optaron por llamarlo "che", pero repentinamente para evitar confusiones políticas reemplazaron tal apodo por el de "eh, vos".

La escuela primaria sirvió para que Héctor cimentase sólidos conocimientos. Al concluirla, no dudaba de que la palabra mamá llevaba acento en la "a". El problema para él consistía en determinar cuál de las dos "a". En el ciclo secundario quiso romper en su boletín de calificaciones aquella mediocridad que predominaba en las notas que obtenía. Lo logró, aunque el único desequilibrio en realidad estuvo marcado en el rubro inasistencias.

Sin embargo, la cultura no estuvo ajena a las preocupaciones de Héctor. En principio, confiado en lo que denominaba la impostación natural de su voz, intentó estudiar canto. El profesor al que recurrió le recomendó que la mejor forma de capitalizar dicha condición era como diariero. Después se volcó a la literatura, interesándose por lo que podría considerarse un género menor. Concretamente, pensó en escribir textos para que los vendedores ambulantes de los trenes presentasen sus productos. Pero el auge de las patotas que se registraba por entonces hacía que sólo resultase rentable la comercialización de armas blancas e implementos de primeros auxilios, lo que suponía tratar con un público no demasiado sensibilizado a los valores de la prosa del discurso. Finalmente se volcó a la política, aunque no con mejores resultados: los de derecha lo tildaban de zurdo, los de izquierda de facho y los apolíticos lo tildaban de tonto.

Pero la vida está llena de sorpresas, y lo malo es que en general no se las conoce de antemano. Fue así que, cuando Héctor contaba con diecinueve años, se produjo un hecho terrible: su madre falleció víctima de un síncope, presuntamente causado por el anuncio de una política de reducción del gasto público. Eneas Volieri no dejó sola a su mujer en dicho trance, poniendo fin a su vida el mismo día.

Al margen de la gravedad del hecho, Héctor lo asumió con madurez. Sabía que la muerte era algo inevitable, y en tal caso ¿qué mejor que sintetizar la de ambos progenitores en una misma noche de velorio?

De sus padres le quedaron algunos ahorros y el departamento donde vivían. En particular de su madre también heredó aquello que ella mejor hacía: mascar chicle. Era capaz de producir globos inmensos, los que podían superarlo, tanto en volumen cuanto en entidad ontológica.

Pero la necesidad de trabajo se hizo carne en el huérfano, hasta que un amigo de la familia se la extirpó, consiguiéndole un puesto en una repartición pública. Se lo destinó a una oficina superflua de un sector irrelevante, tanto que le posibilitaba faltar cuantas veces quisiera sin que nadie lo advirtiese.

La vida de Héctor Volieri se convirtió en algo ciertamente rutinario. No era raro que lo más importante que le pasara en un mes fuese encontrarse un teléfono público que andaba sin fichas. Pero sorpresivamente decidió romper la chatura que lo agobiaba y un día, en plena calle, la emprendió a balazos contra varios transeúntes. Luego de detenido, se excusó diciendo que en realidad sólo pretendía suicidarse.

El juez que intervino en la causa lo indagó. Encontró que Héctor era una persona sumamente agradable, especialmente estando desarmado. Analizó el caso y lo citó para comunicarle la sentencia in voce. (Esta es la dirigencia procesal que consiste en que el juez lee el fallo, salvo que opte por tomar las fojas y decirle al acusado: "tome, leála usted".) El magistrado halló un solo mérito penal en la conducta de Volieri: la originalidad de la explicación ofrecida, y por ello lo condenó a treinta días de prisión. El condenado escuchó la sentencia y, a modo de respuesta, dijo lacónicamente: "La historia me absolverá".

La pena debía cumplirla en una cárcel de máxima seguridad. Tal carácter de este penal, recientemente inaugurado, llegaba a tal punto que no sólo impedía salir de él: tampoco permitía entrar en él. En atención a la legislación vigente, se le dio por cumplida la pena luego de veinte días de permanecer custodiado en el bar de enfrente del instituto de detención, cuando, además de comidas y bebidas, el propietario del local comenzaba a facturar gastos de hospedaje.

Como no llegó a ingresar al penal, no pudo darse el gusto de decir que había salido de él con la frente en alto. En reemplazo de este gesto, dio tres vueltas a la manzana que ocupaba la cárcel haciendo la vertical. Saldada su cuenta con la justicia, Volieri se presentó para reincorporarse a su trabajo. Si bien existían sobrados indicios de que su puntería era bastante mala, el director de la oficina entendió que era conveniente derivarlo a psiquiatría, recomendando el otorgamiento de una licencia por tiempo indeterminado. Pretendía así evitar el gasto que significaba dotar de chaleco antibala a todo el personal. Héctor fue recibido por el psiquiatra de turno, quien autorizó su licencia sin inconveniente alguno, fuera del hecho de que durante todo el tiempo que duró la entrevista se mantuvo parapetado detrás del diván de su consultorio.

Librado de toda obligación laboral, Héctor Volieri se abocó a aquello a lo que pensaba destinar el resto de sus días: lograr la absolución de La Historia. Pero inmediatamente advirtió que para conseguirlo previamente debía ingresar a La Historia. Tratando de descubrir cómo podía hacerlo, consultó a un especialista en la materia. Este le planteó dos alternativas: ir al Museo Histórico Nacional, pararse junto al retrato de San Martín y permanecer inmóvil durante cincuenta años; o bien llenar en el término de veinticuatro horas un conjunto de quinientos formularios. De no ser por sus notorisimos tics, Volieri se habría inclinado por la primera opción. Pero debió valerse de la segunda. Completó los quinientos formularios y los presentó al día siguiente. Así logró su objetivo: nadie, desde el fin de la prehistoria, había escrito tanto en apenas un día. Sin embargo su alegría inicial duró poco. Con extraña rapidez advirtió que el *Guinnes* (el libro de los records) no era el ámbito propicio para lograr la absolución que tanto buscaba, a menos que resultase absuelto la cantidad de veces suficientemente numerosa como para figurar en dicho libro.

Obviamente necesitaba encontrar otra forma de ingresar a La Historia, por más artificial que ésta fuese. No siendo militar, sus posibilidades se reducían notoriamente. Pero valiéndose de las páginas amarillas de la guía localizó a un ignoto profesor, quien se aprestaba a completar un libro sobre lo ocurrido en la Argentina a lo largo de los últimos treinta años. El historiador escuchó el pedido de Volieri y consideró la posibilidad de acceder a él a cambio de una suma razonable: al fin y al cabo evitar tal inclusión no haría menos incomprensibles los hechos recientes.

Pocas semanas después de cerrado el trato, en las pruebas de imprenta del libro podía leerse un título que rezaba "Héctor Volieri, absuelto por La Historia", seguido de un texto que decía "Sí".

Pero Volieri no llegó a concretar el pago prometido. Según se sabe, tuvo una buena idea y en apariencia ésta habría sido la causa del derrame cerebral que sufrió. Horas más tarde falleció. Razones de tiempo impidieron al ignoto profesor retirar la cita del libro. Pero alcanzó a salvarla en la fe de erratas. Quizás así quiso el destino dejar alguna referencia del paso de Héctor por la vida, ya que la falta de amigos o parientes motivó que su entierro fuese absolutamente anónimo, tanto que a su tumba se evitó identificarla con la sigla NN por temor de que estas letras coincidieran con sus iniciales.

HUMOR — **POR REP**

A VECES ME PREGUNTO, DOCTOR ¿CUAL SERÁ EL SENTIDO DE ESTE MUNDO?

¿HACIA DONDE VAMOS?



Bueno, mientras los muchachos definen en Mar del Plata lo que es el nuevo peronismo, nosotros, el humilde equipo de **Sátira/12**, aprovechamos este espacio para saludar a un medio de comunicación colega en su aniversario: Feliz cumpleaños, **Página/12**.

Y a usted lector, será hasta el sábado.

RUDY